

LA VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES,

Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES,

POR DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

PROLOGO.

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oidas ni vistas, vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido; pues podria ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y á los que no ahondaren tanto los deleite; y á este propósito dice Plinio, que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente, que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y asi vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto, para que ninguna cosa se debria romper, ni echar á mal, si muy detestable no fuese (1), sino que á todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algun fruto; porque si asi no fuese, muy pocos escribirian para uno solo, pues no se hace sin trabajo; y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, si hay de qué, se las alaben; y á este propósito dice Tulio: La honra cria las artes. ¿Quién piensa que el soldado, que es primero del escala, tiene mas aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro, y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su merced si le pesa cuando lo dicen: ¡Oh qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia! Justó muy ruinmente el señor don fulano, y dió el sayete de armas al truhán, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad? Y todo va desta manera: que confesando yo no ser mas santo que mis vecinos, desta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algun gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades. Suplico á vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera mas rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por estenso, parecióme no tomarle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona, y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe; pues fortuna fué con ellos parcial, y cuánto mas hicieron los que siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron á buen puerto.

(1) Si muy detestablemente no lo fuese.

LAZARILLO DE TORMES.

TRATADO PRIMERO.

Cuenta Lázaro su vida, y cuyo hijo fué.—Asiento de Lázaro con un ciego.

Pues sepa vuestra merced ante todas cosas que á mi me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzalez y de Antoña Perez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fué desta manera. Mi padre (que Dios perdona) tenía á cargo de proveer una molinera de una hacienda, que está ribera de aquel río, en la cual fué molinero mas de quince años; y estando mi madre una noche en la hacienda, preñada de mí, tomola el parto y parióme allí; de manera, que con verdad me puedo decir nacido en el río. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrias mal hechas en los costales de los que allí á moler venían, por lo cual fué preso, y confesó, y no negó, y padeció persecucion por justicia. Espero en Dios que está en la gloria; pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fué mi padre, que á la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fué; y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrojarse á los buenos, por ser uno dellos, y vino á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metióse á guisar de comer á ciertos estudiantes, y lavaba la ropa á ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena. De manera, que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venía á nuestra casa, y se iba á la mañana; otras veces de día llegaba á la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas desde que vi que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leños, á que nos calentábamos. De manera, que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme dél un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba á acallar (1). Y acuérdomos que estando el negro de mi padrastrero trebejando con el mozo, como el niño veía á mi madre y á mi blancos, y á él no, huía dél con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decía: mamá (2), coco. Y él respondió riendo: ó hídputa ruin. Yo, aunque bien mochocho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí: cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven á sí mismos.

Quiso nuestra fortuna que la conversacion del Zayde, que así se llamaba, llegó á oídos del mayordomo, y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada, que para las bestias le daban hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles y las mantas, y las sábanas de los ca-

(1) Acolletar, Martin Nucio.
(2) Madre, coco.

ballos hacia perdidas, y cuando otra cosa no podía (1), las bestias desherraba, y con todo esto acudia á mi madre para criar á mi hermanico. No nos maravillamos de un clérigo, ni de un fraile, porque el uno hurta de los pobres, y el otro de casa para sus devotas, y para ayuda de otro tanto, cuando á un pobre esclavo el amor le animaba á esto; y probósele cuanto digo, y aun mas, porque á mi con amenazas me preguntaban, y como niño respondía, y descubría cuanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras, que por mandado de mi madre á un herrero vendí. Al triste de mi padrastrero azotaron y pringaron, y á mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado cenario, que en casa del sobredicho comendador no entrase, ni al lastimado Zayde en la suya acogiese. Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia; y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fué á servir á los que al presente vivían en el meson de la Solana; y allí padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico, hasta que supo andar (2). Ya yo era buen mozo, que iba á los huéspedes por vino y candelas, y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino á posar al meson un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestrarle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciéndole como era hijo de un buen hombre; el cual por ensalzar la fe había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldria peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien, y mirase por mí, pues era huérfano. El respondió que así lo haría, y que me recibía no por mozo sino por hijo. Y así, le comencé á servir y adestrar á mi nuevo y viejo amo: como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole á mi amo que no era la ganancia á su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui á ver á mi madre, y ambos llorando, me dió su bendicion y dijo: hijo, ya sé que no te veré mas; procura de ser bueno, y Dios te guíe; criado te he, y con buen amo te he puesto, válete para tí; y así me fui para mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo: Lázaro, llega el oído á este toro, y oírás gran ruido dentro dél. Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que mas de tres días me duró el dolor de la cornada, y dijome: necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber mas que el diablo, y rió mucho la burla. Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba, y dije entre mí: verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues soy solo, y pensar cómo me sepa valer.

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró jergonzas, y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho, y decía: yo oro ni plata no te lo puedo

(1) Tenia.
(2) Y á mi hasta ser buen mozo.

dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré; y fué así, que después de Dios este me dió la vida; y siendo ciego me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á vuestra merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos, cuánto vicio. Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa, que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó mas astuto ni sagaz; en su oficio era un águila; ciento y tantas oraciones sabía de coro; un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacia resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos, ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende desto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero: decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisiesen bien; echaba pronósticos á las preñadas, si traían hijo ó hija. Pues en caso de medicina, decía, Galeno no supo la mitad que él para muelas, désmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasion, que luego no le decía: haced esto, hareis estotro, coged tal yerba, tomad tal raíz. Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía creían; destas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba mas en un mes que cien ciegos en un año. Mas también quiero que sepa vuestra merced, que con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento, ni mezquino hombre no vi, tanto que me mataba á mí de hambre, y á sí no se remediaba de lo necesario. Digo verdad: si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte, que siempre, ó las mas veces, me cabía lo mas y mejor.

Para esto le hacia burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas á mi salvo. El traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo que por la boca se cerraba con una argolla de hierro, y su candado y llave, y al meter de las cosas y sacarlas, era con tanta vigilancia y tan por contadero, que no bastara todo el mundo hacerle menos una migaja; mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada. Después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas: por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba á coser, sangraba el avariento fardel, sacando, no por tasa, pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza, y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta, que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podía sisar y hurtar, traía en medias blancas, y cuando le mandaban rezar, y le daban blancas, como él carecia de vista, no habia el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca, y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábame el mal ciego, porque al tiento luego la conocía y sentía que no era blanca entera, y decía: ¿qué diablos es esto, que después que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca, y un maravedí hartas veces me pagaban? En tí debe de estar esta desdicha. También él abreviaba el rezar, y la mitad de la oracion no acababa, porque me tenía mandado, que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz. Yo así lo hacia. Luego él tornaba á dar voces, diciendo: manden rezar tal y tal oracion, como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asia, y daba un par de besos callados, y tornábale á su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocía la falta, y por reservar su vino á salvo,

nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido; mas no habia piedra imán que trajese á sí el hierro, como yo el vino con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba á buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la mano, y así bebía seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moría por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valia, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla, y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera tapanlo, y al tiempo de comer fingiendo haber frio, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della luego era derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobre iba á beber, no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. No direis, tío, que os lo bebo yo, decía; pues no lo quitais de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido, y luego otro día, teniendo yo rezumado mi jarro como solía, no pensando en el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta acia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora tenía tiempo de tomar de mi venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose (como digo) con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me habia caído encima. Fué tal el golpe, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndome la por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego; y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se habia holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me habia hecho, y sonriéndose decía: ¿qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires que á mi gusto no lo eran. Ya que estuyé medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que á pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar dél; mas no lo hice tan presto por hacerlo mas á mi salvo y provecho, aunque yo quisiera asentar mi corazón, y perdonarle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacia, que sin causa ni razon me hería, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decía, por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: ¿pensais que este mi mozo es algun inocente? Pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que lo oían, decían: mirad quién pensara de un mochocho tan pequeño tal ruindad; y reían mucho el artificio, y decíanle: castigadlo, castigadlo, que de Dios lo hareis, y él con aquello nunca otra cosa hacia.

Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal y daño, si habia piedras por ellas, si lodo por lo mas alto, que aunque yo no iba por lo mas enjuto, me holgaba de quebrarme á mí un ojo por quebrarlos al que ninguno tenía. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me tentaba (1) el colodrillo, el cual

(1) Atentaba.

siempre traía lleno de tolondrones, y pelado de sus manos; y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía; mas tal era el sentido y grandísimo entendimiento del traidor. Y porque vea vuestra merced á cuánto se extendía el ingenio deste astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaescieron, en el cual me parece dió bien á entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fué venir á tierra de Toledo, porque decía ser la gente mas rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase á este refrán: mas da el duro que el desnudo, y venimos á este camino por los mejores lugares; do hallaba buena acogida y ganancia; deteníamos; donde no, á tercero día hacíamos San Juan. Acaeció, que llegando á un lugar que llaman Almoroz, al tiempo que cogian las uvas, un vendimiador le dió un racimo dellas en limosna, y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano, para echarlo en el fardel tornábase mosto, y lo que á él se llegaba, acordó de hacer un banquete, así por no poderlo llevar, como por contentarme, que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes; sentámonos en un valladar, y dijo: ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es, que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas del tanta parte como yo; partillo hemos desta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez mas de una uva, yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y desta suerte no habrá engaño: hecho así el concierto, comenzamos; mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó á tomar de dos en dos, considerando que yo debía hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté ir á la par con él; mas aun pasaba adelante dos á dos, y tres á tres, y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: Lázaro, engañado me has: juraré yo que has tú comido las uvas tres á tres. No comí, dije yo; mas ¿por qué sospechais eso? Respondió el graciosísimo ciego: ¿sabes en qué veo que las comiste tres á tres? en que comia yo dos á dos, y callabas.

Reime entre mí, y (aunque mocho) noté mucho la discreta consideración del ciego; mas por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron, y quiero decir el despidiente, y con él acabar. Estábamos en Escalona (villa del duque della) en un meson, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Y ya que la longaniza había pringado, y comidose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandóme que fuese por él de vino á la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual (como suelen decir) hace al ladrón, y fué, que había cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal, que por no ser para la olla, debió ser echado allí; y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me vi con apetito goloso, habiéndome puesto dentera el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que había de gozar, no mirando qué me podría suceder, pospuesto todo temor, por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador, el cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó á dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos había escapado. Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza, y cuando vine hallé al pecador del ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aun no había conocido por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando también llevar parte de la longaniza, hallóse en frío con el frío na-

bo; alteróse, y dijo: ¿qué es esto, Lázaro? Lacerado de mí, dije yo, si queréis achacarme (1) algo. Yo ¿no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí, y por burla haría eso. No, no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano, no es posible. Yo torné á jurar y perjurarme que estaba libre de aquel truco y cambio; mas poco me aprovechó, pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondía. Levantóse y asíome por la cabeza, y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo, á uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asíéndome con las manos, abrióme la boca mas de su derecho, y desatentadamente metía la nariz, la cual tenía larga (2) y afilada, y á aquella sazón con el enojo se había aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó al gallillo (3). Con esto y con el gran miedo que tenía, y con la brevedad del tiempo, que la negra longaniza aun no había hecho asiento en el estómago, y lo mas principal, con el destiento de la cumplidísima nariz, medio casi ahogándome, todas estas cosas se juntaron, y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño; de manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo salieron de mi boca. ¡Oh gran Dios! ¿Quién estuviera á aquella hora ya sepultado! que muerto ya lo estaba. Fué tal el coraje del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida.

Sacáronme de entre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rasguñado el pescuezo y la garganta; y esto bien lo merecía, pues por mi maldad me venían tantas persecuciones. Contaba el mal ciego á todos cuantos allí se llegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro como de la del racimo, y ahora de lo presente; era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba, entraba á ver la fiesta; mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que le hacia (4) injusticia en no se las reír. Y en cuanto esto pasaba, á la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice porque me maldecía, y fué no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado. Con solo apretar los dientes se me quedaron en casa, y ser de aquel malvado, por ventura lo retuviera mejor mi estómago que tuvo la longaniza, y no pareciendo ellas pudiera negar la demanda. Pluguiera á Dios que lo hubiera hecho, que eso me fuera así que así. Hicieronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le había traído laváronme la cara y la garganta; sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires, diciendo: por verdad mas vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año, que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres mas en cargo al vino, que á tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida; y luego contaba cuantas veces me había descalabrado y arpadado la cara, y con vino luego sanaba. Yo te digo (dijo) que si hombre en el mundo ha ser bien afortunado (5) con vino, que serás tú; y reían mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, que después acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin duda debía tener espíritu de profecía, y me pesa de los sinsabores que le

(1) Echar.
(2) Lucnga.
(3) A la gullilla.
(4) Hacia sin justicia.
(5) Bienaventurado.

hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel día me dijo salirme tan verdadero como adelante vuestra merced oirá.

Visto esto y las malas burlas que (1) el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dejarle, y como lo tenía pensado y lo tenía en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmélo mas; y fué así, que luego otro día salimos por la villa á pedir limosna, y había llovido mucho la noche antes; y porque el día también llovía, andaba rezando debajo de unos portales, que en aquel puebló había, donde no nos mojábamos; mas como la noche se venía, y el llover no cesaba, díjome el ciego: Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuánto la noche mas cierra, mas recia; acojámonos á la posada con tiempo. Para ir allá habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande; yo le dije: tío, el arroyo va muy ancho; mas si queréis, yo veo por donde atravesemos mas aína sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos á pie enjuto. Parecióle buen consejo, y dijo: discreto eres, por eso te quiero bien, llévame á ese lugar, donde el arroyo se ensangosta (2), que agora es invierno, y sabe mal el agua, y mas llevar los pies mojados. Yo que vi el aparejo á mi deseo, saquéle debajo de los portales, y llevélo derecho de un pilar, ó poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual, y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díjole: tío, este es el paso mas angosto que en el arroyo hay. Como llovía recio, y el triste se mojaba, y con la priesa que llevábamos de salir del agua que encima nos caía, y lo mas principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento por darme de él venganza, creyóse de mí, y dijo: ponme bien derecho, y salta tú el arroyo. Yo le puse bien derecho enfrente del pilar, y doy un salto, y póngome detrás del poste como quien espera tope de toro, y díjole: sus, saltad todo lo que podáis, porque deis deste cabo del agua. Aun apenas lo había acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabron, y de toda su fuerza arremete tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio, como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para tras medio muerto, y héndida la cabeza. ¿Cómo olistes la longaniza, y no el poste? Huele, huele (3), le dije yo, y déjale en poder de mucha gente que lo había ido á socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote, y antes que la noche viniese di conmigo en Torrijos. No supe mas lo que Dios hizo dél, ni procuré de saberlo.

TRATADO II.

Cómo Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó.

Otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fuíme á un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo que, llegando á pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar á misa. Yo dije que sí, como era verdad, que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una dellas fué esta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo, escapé del trueno y di en el relámpago; porque era el ciego para con este un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado: no digo mas, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en este, no sé si de su cosecha era, ó lo había anejado con el hábito de clerecía. El tenía un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traía atada con un agujeta del paletoque; y en viniendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado, y tornada á cerrar el arca; y en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele estar en otras: algun

(1) Con que.
(2) Desangosta.
(3) Ole, ole!

tocino colgado al humero, algun queso puesto en alguna tabla ó en el armario, algun canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran, que me parece á mi que aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara. Solamente había una horea de cebollas, y tras llave, en una cámara en lo alto de la casa; destas tenía yo de ración una para cada cuatro días, y cuando le pedía la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al falsopeto, y con gran continencia la desataba y me la daba diciendo: toma, y vuélvela luego, y no hagais sino golosmear: como si debajo della estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara (como dije) maldita otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo, las cuales él tenía también por cuenta, que si por malos de mis pecados me desmandara á mas de mi tasa, me costara caro. Finalmente, yo me finaba de hambre. Pues ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba mas. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar; verdad es que partía conmigo del caldo, que de la carne tan blanco el ojo, sin un poco de pan, y pluguiera á Dios que me mediara. Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que costaba tres maravades; aquella la cocía y comía los ojos, y la lengua y el cogote y sesos, y la carne que en las quijadas tenía, y dábame todos los huesos roídos, y dábamelos en el plato, diciendo: toma, come, triunfa, que para tí es el mundo; mejor vida tienes que el papa. Tal te la dé Dios, decía yo paso entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él, vine á tanta flaqueza que no me podía tener en las piernas de pura hambre: vime claramente ir á la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran; para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en qué darle salto, y aunque algo hubiera no pudiera cegarle, como hacia al que Dios perdona, si de aquella calabazada feneció, que todavía aunque astuto, con fallarle aquel preciado sentido no me sentía; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenía. Cuando al ofertorio estábamos ninguna blanca en la concha caía que no era del registrada: el un ojo tenía en la gente y el otro en mis manos; bailábanle los ojos en el casco como si fueran de azogue; cuantas blancas ofrescían tenía por cuenta, y acabado el ofrescer luego me quitaba la concheta y la ponía sobre el altar. No era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, ó por mejor decir morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino, mas aquel poco que de la ofrenda había metido en su arcaz compasaba de tal forma, que le duraba toda la semana, y por ocultar su gran mezquindad, decíame: mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros; mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezábamos á costa ajena comía como lobo y bebía mas que un saludador.

Y porque dije mortuorios, Dios me perdona, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana sino entonces, y esto era porque comíamos bien y me hartaba; deseaba y aun rogaba á Dios que cada día matase el suyo. Y cuando dábamos sacramento á los enfermos, especialmente la estrema-unción, como manda el clérigo rezar á los que estaban allí, yo cierto no era el postrero de la oración, y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase á la parte que mas servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase deste mundo. Cuando algunos destes escapaban, Dios me lo perdona, que mil veces le daba al diablo, y el que se moría otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas; porque en todo el tiempo que allí estuve, que serian casi seis meses, solas veinte personas fallecieron, y estas bien creo que las mató yo, ó por mejor decir murieron á mi recuesta; porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba

de matarlos por darme á mí vida. Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba, que si el día que enteráramos yo vivía, los días que no había muerto por quedar bien vezado de la hartura, tornando á mi cotidiana hambre, mas lo sentía. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo también para mí como para los otros deseaba algunas veces, mas no la veía aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dejaba. La primera por no me atrever á mis piernas, por temor de la flaqueza, que de pura hambre me caía; y la otra consideraba y decía: yo he tenido dos amos, el primero traíame muerto de hambre, y dejándome, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura: pues si de este desisto y doy en otro mas bajo, ¿qué será sino fenecer? Con esto no me osaba menear, porque tenía por fe que todos los grados había de hallar mas ruines; y á abajar otro punto no sonara Lázaro ni se oyera en el mundo. Pues estando en tal aflicción, cual plega al Señor librar de ella á todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un día que el cuitado ruin y lacerado de mi amo había ido fuera del lugar, llegóse acaso á mi puerta un calderero, el cual yo creo que fué ángel enviado á mí por mano de Dios en aquel hábito; preguntóme si tenía algo que adobar. En mí tenía bien que hacer, y no haría poco, si me remediasedes, dije paso, que no me oyó; mas como no era tiempo de gastarlo en gracias, alumbrado por el Espíritu Santo, le dije: tío, una llave desta arca he perdido, y temo que mi señor me azote, por vuestra vida veáis si en esas que traéis hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré. Comenzó á probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traía, y yo ayudarle con mis flacas oraciones, cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arca, y abierto, díjeme: yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ahí el pago. El tomó un bodigo de aquellos, el que mejor le pareció, y dándome mi llave se fué muy contento, dejándome mas á mí; mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida, y aun porque me vi de tanto bien señor, parecióme que la hambre no se me osaba llegar. Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios que no miró en la oblada que el ángel había llevado.

Yo otro día, en saliendo de casa, abro mi paraiso panal, y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta, y comienzo á barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste vida. Y así estuve con ello aquel día y otro gozoso; mas no estaba en dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero día me vino la terciana derecha, y fué que veo á deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arca volviendo y revolviendo, contando y tornando á contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oración y devociones y plegarias decía: San Juan, y ciégale. Después que estuvo un gran rato echando la cuenta, por días y dedos contando, dijo: si no tuviera á tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habían tomado della panes; pero de hoy mas solo por cerrar puerta á la sospecha quiero tener buena cuenta con ellos: nueve quedan y un pedazo. Nuevas malas te dé Dios (dije yo entre mí): parecióme con lo que dijo pasarme el corazón con saeta de montero, y comencéme el estómago á escarbar de hambre viéndose puesto en la dieta pasada. Fué fuera de casa, y yo por consolarme abro el arca, y como vi el pan, comencéme de adorar, no osando rescebillo. Contélos, si á dicha el lacerado se errara, y hallé su cuenta mas verdadera que yo quisiera. Lo mas que yo pude hacer fue dar en ellos mil besos, y lo mas delicado que yo pude, del partido partí un poco al

pelo que él estaba, y con aquel pasé aquel día, no tan alegre como el pasado; mas como la hambre creciese, mayormente que tenía el estómago hecho á mas pan aquellos dos ó tres días ya dichos, moría mala muerte, tanto que otra cosa no hacía en viéndome solo sino abrir y cerrar el arca, y contemplar en aquella cara de Dios (que así dicen los niños); mas el mismo Dios que socorre á los afligidos, viéndome en tal estrecho, trajo á mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, dije: este arqueton es viejo, grande y roto, y por algunas partes con algunos pequeños agujeros: puédesse pensar que ratones entrando en él hacen daño á este pan; sacarlo entero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir; esto bien se sufre, y comienzo á desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro, de manera que en cada cual de tres ó cuatro desmigajé su poco; después, como quien toma grajea, lo comí, y algo me consolé; mas él, como viniese á comer y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habían hecho, porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer.

Miró todo el arca de un cabo á otro, y vió ciertos agujeros por do sospechaba habían entrado; llaméme, diciendo: Lázaro, mira qué persecucion ha venido aquesta noche por nuestro pan. Yo hiceme muy maravillado, preguntándole qué sería. ¿Qué ha de ser? dijo él: ratones que no dejan cosa á vida. Pusimonos á comer, y quiso Dios que aun en esto me fué bien, que me cupo mas pan que la laceria que me solía dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo: cómete eso, que el raton cosa limpia es. Y así aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos ó de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba, y luego me vino otro sobresalto que fué verle andar soléito quitando clavos de paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca. ¡Oh Señor mio, dije yo entonees, á cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nacidos, y cuán poco duran los placeres desta nuestra trabajosa vida! Héme aquí que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi laceria, y estaba ya cuanto que alegre y de buena ventura; mas no quiso mi desdicha, despertando á este lacerado de mi amo y poniéndole mas diligencia de la que él de suyo se tenía (pues los míseros por la mayor parte nunca de aquella carecen); sino que agora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta á mi consuelo y la abriese á mis trabajos. Así lamentaba yo, en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dió fin á su obra, diciendo: agora, donos traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que en esta casa mala madera teneis.

De que salió de su casa, voy á ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero, ni aun por donde le pudiese entrar un mosquito; abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y vi los dos ó tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados, y dellos todavía saqué alguna laceria, tocándolos muy lijeramente, á uso de esgrimidor diestro, como la necesidad sea tan gran maestra. Viéndome con tanta siempre, noche y día: estaba pensando la manera que tendría en sustentar el vivir, y pienso para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se aviva, y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí. Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podría valer y aprovecharme del arca, sentí que mi amo dormía, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que había cuando estaba durmiendo; levantéme muy quedito, y habiendo en el día pensado lo que había de hacer y dejado un cuchillo viejo, que por allí andaba,

en parte do le hallase, vólme al triste arca, y por do había mirado tener menos defensa, le acometi con el cuchillo, que á manera de barreno dél usé; y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazón, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió, y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca, y al tiempo del pan, que hallé partido, hice (según de yuso está escrito); y con aquello, algun tanto consolado tornando á cerrar, me volví á mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco, lo cual yo hacia mal, y echábase al no comer, y así sería; porque cierto en aquel tiempo no me debían de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro día fué por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo había hecho, y comenzó á dar al diablo los ratones y decir: ¿qué diremos á esto? Nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora; y sin duda debía de decir verdad, porque si casa había de haber en el reino justamente dellos privilegiada, aquella de razon había de ser, porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna á buscar clavos por la casa y por las paredes, y con tablillas á tapar (1) los agujeros. Venida la noche y su reposo, luego yo era puesto en pié con mi aparejo, y cuantos él tapaba de día destapaba yo de noche. En tal manera fué y tal prisa nos dimos, que sin duda por esto se debió decir: donde una puerta se cierra otra se abre. Finalmente, parecíamos tener á destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día, rompía yo de noche, y en pocos días y noches pusimos la pobre despensa (2), despensa de tal forma, que quien quisiera propiamente della hablar, mas corazas viejas de otro tiempo, que no arcaz la llamara, según la clavazón y tachuelas sobre si tenía.

De que vió no le aprovechar nada su remedio, dijo: éste arcaz está tan mal tratada, y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá raton á quien se defienda; y va ya tal, que si andamos mas con él nos dejará sin guarda; y aun lo peor, que aunque hace poco, todavía hará falta faltando; y no me pondrá esta en costa tres ó cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro á estos ratones malditos; luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso, que á los vecinos pedía, continuo el gato estaba armado dentro del arca, lo cual era para mí singular auxilio; porque puesto caso que yo no había menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdónaba el ratonar del bodigo. Como hallase el pan ratonado y el queso comido, y no cayese el raton que lo comía, dabase al diablo, preguntaba á los vecinos: ¿qué podría ser comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer ni quedar dentro el raton, y hallar caída la trampilla del gato? Acordaron los vecinos no ser el raton el que este daño hacía, porque no fuera menos de haber caído alguna vez; dijole un vecino: en vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y está debe ser sin duda, y lleva razon, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo, y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase á salir. Cuadró á todos lo que aquel dijo, y alteró mucho á mi amo, y dende en adelante no dormía tan á sueño suelto, que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roía el arca y luego era puesto en pié, y con un garrote que á la cabecera (desde que aquello le dijeron) ponía, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía, y á mí no dejaba dormir. Ibase á mis pajas y trastornábalas, y á mí con ellas, pensando que la culebra se iba para mí y se envolvía en mis pajas ó en mi sayo,

(1) Atapar.

(2) Dispensa.

porque le decían que de noche acaecía á estos animales, buscando calor, ir á las cunas donde están criaturas, y aun morderlas y hacerles peligrar. Yo las mas veces hacia del dormido, y en la mañana decíame él: esta noche, mozo, ¿no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para ti á la cama, que son muy frias y buscan calor. Plega á Dios que no me muerda (decía yo), que harto miedo le tengo.

Esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que mi fe la culebra ó el culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca; mas de día, mientras estaba en la iglesia ó por el lugar, hacia mis saltos. Los cuales daños viendo él y el poco remedio que les podía poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo: yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave que debajo de las pajas tenía, y parecióme lo mas seguro meterla de noche en la boca, porque ya desde que viví con el ciego la tenía tan hecha bolsa, que me acaeció tener en ella doce ó quince maravedis, todo en medias blancas, sin que me estorbase el comer, porque de otra manera no era señor de una blanca, que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy á menudo. Pues así, como digo, metía cada noche la llave en la boca, y dormía sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella; mas cuando la desdicha ha de venir, por demas es diligencia. Quisieron mis hados (ó por mejor decir mis pecados) que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debía tener de tal manera y postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba salía por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba, según mi desastre quiso, muy recio, de tal manera que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó sin duda ser el silbo de la culebra, y cierto lo debía parecer. Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó á mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra; y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas donde yo estaba echado, al calor del mio se había venido, levantando bien el palo, pensando tenerla debajo y darla tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descarga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó. Como sintió que me había dado, según yo debía hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se había llegado á mí, y dándome grandes voces, llamándome, procuró recodarme; mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me había hecho, y con mucha prisa fué á buscar lumbré; y llegando con ella, hallóme quejando todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera que debía estar al tiempo que silbaba con ella.

Espantado el matador de culebras qué podría ser aquella llave, miróla sacandomela del todo de la boca, y vió lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba; fué luego á proballa, y con ella probó el maleficio. Debí de decir el cruel cazador: el raton y culebra que me daban guerra, y comían mi hacienda, he hallado. De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes, ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas de cómo esto que he contado oí, después que en mi torné, decir á mi amo, el cual á cuantos allí venían lo contaba por estenso. A cabo de tres días yo torné en mi sentido, y vime echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada y llena de aceites y ungüentos, y espantado dije: ¿qué es esto? Respondióme el cruel sacerdote: á fe que los ratones y culebras que me destruían ya los he cazado. Y miré por mí, y vime tan maltratado que luego sospeché mi mal. A esta hora entró una vieja que ensalmaba, y los vecinos, y comiézanme á quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo; y como me hallaron vuelto en mi sen-

tido, holgáronse mucho, y dijeron: pues ha tornado en su acuerdo, placirá á Dios no será nada. Ahí tornaron de nuevo á contar mis cuitas, y á reñirlas, y yo pecador á llorarlas. Con todo esto, diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron demediar; y así, de poco en poco á los quince días me levanté y estuve sin peligro, mas no sin hambre, y medio sano.

Luego otro día que fui levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta afuera, y puesto en la calle, díjome: Lázaro, de hoy mas eres tuyo y no mío, busca amo, y vete con Dios, que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor; no es posible sino que hayas sido mozo de ciego; y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna á meter en casa, y cierra su puerta.

TRATADO III.

De cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaesció con él.

Esta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco, con ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde con la merced de Dios, dende á quince días se me cerró la herida, y mientras estaba malo siempre me daban alguna limosna; mas después que estuve sano todos me decían: tú, bellaco y gallofero eres; busca, busca un amo á quien sirvas. ¿Y adónde se hallará ese, decía yo entre mí, si Dios agora de nuevo (como crió el mundo) no le criase? Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harta poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden; miróme y yo á él, y díjome: mochacho, ¿buscas amo? Yo le dije: sí, señor; pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo; alguna buena oración rezaste hoy. Seguíle, dando gracias á Dios por lo que le oí, y también que me parecía, según su hábito y continente, ser el que yo había menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones; yo pensaba y aun deseaba que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque esta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario; mas muy á tendido paso pasaba por estas cosas. Por ventura no le ve aquí á su contento, decía yo, y querrá que lo compremos en otro cabo.

Esta manera anduvimos hasta que dió las once: entonces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él; y muy devotamente le vi oír misa y los otros oficios divinos; hasta que todo fué acabado y la gente ida. Entonces salimos de la iglesia, y á buen paso tendido comenzamos á ir por una calle abajo; yo iba ya el mas alegre del mundo, en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer; bien consideré que debía ser hombre mi nuevo amo, que se proveía por (1) junto, y que ya la comida estaría á punto, y tal como yo la deseaba y aun había menester. En este tiempo dió el reloj la una, después de medio día, y llegamos á una casa, ante la cual mi amo se paró y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga, y abrió su puerta y entramos en casa, la cual tenía la entrada oscura y lóbrega, de tal manera, que parecía que ponía temor á los que en ella entraban; aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos muy limpiamente, y soplando un poyo que allí estaba la puso en él; y hecho esto, sentóse cabe ella, preguntándome muy por estenso de dónde era y cómo había venido á aquella ciudad.

(1) En junto.

Yo le di mas larga cuenta que quisiera; porque me parecía mas conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedía; con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara.

Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las dos y no le ver mas aliento de comer que á un muerto. Después desto consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa; todo lo que había visto eran paredes sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arecaz como el de marras; finalmente, ella parecía casa encantada. Estando así, díjome: tú, mozo, ¿has comido? No, señor, dije yo, que aun no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced en contré. Pues, aunque de mañana, yo había almorzado, dice, y cuando así como algo, hagote saber que hasta la noche me estoy así; por eso, pásate como pudieres; que después cenaremos. Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné á llorar mis trabajos; allí se me vino á la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que aunque aquel era desventurado y misero, por ventura toparía con otro peor; finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera; y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije: señor, mozo soy, que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios: deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fui yo loado della hasta hoy día de los amos que yo he tenido. Virtud es esa, dijo él, y por eso te querré yo mas; porque el hartarse es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien. Bien te he entendido, dije entre mí, maldita sea tanta medicina y bondad como aquestos mis amos, que yo hallo, hallan en la hambre. Púsemme á un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios.

El, que vió esto, díjome: ven acá, mozo, ¿qué comes? Yo lleguéme á él, y mostréle el pan; tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y mas grande, y díjome: por mi vida, que parece este buen pan. ¿Y cómo agora, dije yo, señor, es bueno? Y á fe, dijo él: ¿adónde le hubiste? si es amasado de manos limpias? No sé yo eso, le dije, mas á mí no me pone asco el sabor dello. Así plega á Dios, dijo el pobre de mi amo, y llevándolo á la boca comenzó á dar en él tan fieros bocados como yo en el otro. Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios. Y como le sentí de qué pié cojeaba, dime priesa, porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comedría á ayudarme á lo que me quedase, y con esto acabamos casi á una. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habían quedado, y entró en una camarera que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo, y desque hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije: señor, no bebo vino. Agua es, me respondió, bien puedes beber. Entonces tomé el jarro y bebi, no mucho, porque de sed no era mi congoja. Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, á las cuales yo le respondí lo que mejor supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome: mozo, pásate allí, y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante. Púsemme de un cabo y él del otro, y hicimos la negra cama, en la cual no había mucho que hacer, porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa encima de un negro colchon, que por no estar muy continuado á lavarse, no parecía colchon, aunque servía dél, con harta

menos lana que era menester: aquel tendimos, haciendo cuenta de ablandalle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenía dentro de sí, que puesto sobre el cañizo todas las cañas se señalaban, y parecían á lo propio entrecuesto de flaquisimo puercó; y sobre aquel hambriento colchon un alfamar del mesmo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar. Hecha la cama, y la noche venida, díjome: Lázaro, ya es tarde, y de aquí á la plaza hay gran trecho; también en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean; pasemos como podamos, y mañana, viniendo el día, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveído; antes he comido estos días por allá fuera, mas ahora hacedlo hemos de otra manera. Señor, de mí, dije yo, ninguna pena tenga vuestra merced, que bien sé pasar una noche, y aun mas, si es menester, sin comer. Vivirás mas sano, me respondió, porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho como comer poco. Si por esta vía es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esta regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha tenella toda mi vida. Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus piés, lo cual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse, que con mis trabajos, males y hambre, pienso que en mi cuerpo no había libra de carne. Y también, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad; maldijeme mil veces, Dios me lo perdona, y á mi ruin fortuna. Allí lo mas de la noche y lo peor, no osándome revolver por no despertalle, pedía á Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida, levantámonos, y comienzo á limpiar y sacudir sus calzas y jubon, sayo y capa, y yo que le servía de pelillo, y vistéme muy á su placer de espacio; echéle agua manos, peinóse y puso su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponía, díjome: ¡oh si supieses, mozo, qué pieza es esta! No hay marco de oro en el mundo por que yo la diese; mas así, ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó á ponerle los aceros tan prestos como esta lo tiene; y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo: vesla aquí, yo me obligo con ella cercenar un copo de lana. Y yo dije entre mí: y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras. Tornóla á meter, y ciñóse, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro, y á veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo: Lázaro, mira por la casa en tanto que voy á oír misa, y haz la cama, y ve por la vasija de agua al río, que aquí abajo está, y cierra la puerta con llave no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto pueda entrar. Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente al conde de Arcos, ó á lo menos camarero que le daba de vestir.

Bendito seáis vos, Señor, quedé yo diciendo, que daís la enfermedad, y poneis el remedio. ¿Quién encontrará á aquel mi señor, que no piense, según el contenido de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama, y aunque ahora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado? Grandes secretos son, Señor, los que vos hacéis, y las gentes ignoran. ¿A quién no engañará aquella buena disposición y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día con aquel mendrugo de pan, que su criado Lázaro trajo un día y una noche en el arca de su seno, do no se le podía pegar mucha limpieza? ¿Y hoy lavándose las manos y cara, á falta

de paño de manos, se hacia servir del halda del sayo? Nadie por cierto lo sospechará. ¡Oh, Señor, y cuántos de aquestos debeis tener por el mundo derramados, que padecen, por la negra que llamaban honra, lo que por vos no sufrirían! Así estaba yo á la puerta mirando y considerando estas cosas hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Tornéme á entrar en casa, y en un credo la anduve toda alto y bajo, sin hacer represa, ni hallar en qué. Hago la negra y dura cama, y tomo el jarro, y doy conmigo en el río, donde en una huerta vi á mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres, al parecer, de las que en aquel lugar no hacen falta, antes muchas tienen por estilo de irse á las mañanicas del verano á refrescar y almorzar sin llevar qué por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, según las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar. Y como digo, él estaba en ellas hecho un Macías, diciéndoles mas dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron dél que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. El, sintiéndose tan frío de bolsa, cuanto caliente del estómago, tomóle tal calofrío, que le robó la calor del gesto, y comenzó á turbarse en la plática, y á poner excusas no válidas. Ellas, que debían ser bien instituidas, como le sintieron la enfermedad, dejaronle para el que era.

Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con las cuales me desayuné, con mucha diligencia como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo torné á casa, de la cual pensé barrer alguna parte, que bien era menester, mas no hallé con qué: púsemme á pensar qué haría, y parecióme esperar á mi amo hasta que el día demediasse, y viniese, y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fué mi esperanza desde que vi ser las dos y que no venía y que la hambre me aquejaba; cierró mi puerta y pongo la llave donde mandó, y tornóme á mi menester; con baja y enferma voz, y inclinadas mis manos en los senos, y puesto Dios ante mis ojos, y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas y casas mas grandes que me parecía; mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir, con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo sali, que aunque en este pueblo no hubiese caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di, que antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y mas de otras dos en las mangas, y senos. Volvíme á la posada, y al pasar por la tripería, pedí á una de aquellas mujeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas.

Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entré, vino para mí; pensé que me quería reñir la tardanza, mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme de dónde venía. Yo le dije: señor, hasta que dió las dos estuve aquí, y de que vi que vuestra merced no venía, fuíme por esa ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis; mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traía, á lo cual él mostró buen semblante, y dijo: pues esperádoté he á comer, y de que vi que no veniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso, que mas vale pedillo por Dios que no hurtallo. Y así él me ayude como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra, aunque bien creo que será secreto según lo poco que en este pueblo soy conocido: nunca á él yo hubiera de venir. Deso pierda, señor, cuidado, le dije yo, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esta cuenta ni yo de dalla. Ahora pues come, pecador, que si á Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que después que en esta casa entré, nunca bien me ha ido: debe ser de mal suelo, que hay casas desdi-